

El Radicalismo del Compromiso Cristiano

Segundo Galilea

Profesor de Pastoral en el Instituto Pastoral del CELAM

Una de las causas de la crisis y confusión de lenguaje que hoy presenciamos, estriba en el uso acríptico de palabras claves y de actualidad, cuyo contenido es o ha llegado a ser ambiguo.

Lo que para una categoría de personas es peyorativo, para otras es un ideal. En el lenguaje "cristiano", ésto es bastante desorientador. Se han creado "palabras-etiquetas" que a priori descalifican personas o posiciones.

Un caso típico es el término "radical". En los medios eclesiales, generalmente es una mala palabra. Es la aplicación al mundo religioso de una actitud que ya en la vida social suele ser sospechosa. Un radical es un partidario de reformas extremas. Alguien poco ecuánime, poco sensato, imprudente. Lo contrario del equilibrado.

En este sentido, tanto en la práctica socio-política, como en las líneas de pensamiento las tendencias de los radicales no son deseables, y se buscan más bien los equilibrados.

Desgraciadamente la ambigüedad surge cuando estas categorías del pensar o del actuar "político" se transfieren al compromiso cristiano y a la fidelidad al Evangelio. Paradójicamente, en estas actitudes el cristiano debe ser radical, y en cambio el "equilibrio" puede ser ambiguo. Porque en el lenguaje propiamente cristiano *radical es el que va a lo fundamental, a la raíz*. En este sentido es condición ineludible del seguimiento de Cristo, y el "equilibrio" puramente humano puede llevar fácilmente a la mediocridad y a la tibieza. El verdadero equilibrio evangélico implica el radicalismo de la entrega a Cristo, y por eso no puede identificarse con la "sensatez" y "prudencia" de los sabios y bienpensantes, según las puras categorías del actuar profano. La Palabra de Jesús rechaza este tipo de equilibrio y lo somete al radicalismo cristiano.

En el libro del Apocalipsis 2, 3, se reprocha el falso equilibrio de aquel que, bajo un actuar exterior honesto, ha perdido el radicalismo del amor y en 3,15 ss., denuncia la tibieza que se esconde bajo el falso equilibrio de la acomodación. ("Ojalá fueras frío o caliente. . .").

I. El radicalismo del Evangelio

En términos cristianos, Jesús fué un radical. Replanteó la conversión a Dios, el cambio de vida y las actitudes éticas y religiosas desde su raíz, estableciendo su Evangelio como el único absoluto. Así fué percibido por la clase gobernante y sacerdotal, y también por sus discípulos.

Para muchos de sus parientes, ésto era un síntoma de locura (Mc 3,21). Su radicalismo le costó la vida.

Jesús fue radical en sus exigencias. Para El, el cristiano debe ser sal, y si la sal pierde su capacidad de dar sabor a otros, ya no sirve para nada (Mt 5,13). El compromiso cristiano debe ser como una luz capaz de iluminar el mundo (Mt 5,17-20).

La opción por Cristo debe ser radical. Ocupa el primer lugar, por sobre los padres, los hijos, y la propia vida (Mt 10,37-39). Cualquier bien, cualquier valor ha de ser sacrificado cuando se hace incompatible con el radicalismo de esta opción (Mt 18,8), a semejanza del que vende todo lo que tiene para adquirir una perla preciosa o un tesoro escondido (Mt 13,44-46). Cristo quiere establecerse como el único compromiso absoluto del hombre, eliminando el falso equilibrio del "servicio a dos señores" (Mt 6,24; Lc 12,21,34).

Jesús exige un seguimiento llevado hasta las últimas consecuencias. La puerta que lleva a su Reino, no es ancha ni "equilibrada", si no estrecha (Mt 5,13). Los que le siguen deben estar dispuestos a no tener dónde reclinar su cabeza, deben romper con los compromisos mundanos, y una vez en marcha no deben siquiera mirar atrás (Lc 9,57-62). Toda ganancia temporal no aprovecha de nada si nos separa de El (Mt 16,25-26).

Jesús no oculta la violencia que hay que hacerse a sí mismo para seguirlo (Mt 11,12), por un camino marcado necesariamente por la cruz (Mt 16,21-24; Mt 17,15). Las exigencias de Cristo llegan hasta pedir a los hombres "que nazcan de nuevo" (Jn 3,3), que se "hagan como niños" (Mt 18,4) y que "ocupen el último lugar" (Mt 20,26), después de haber "perdido y triturado su vida como el grano de trigo" (Jn 12,24-26).

El radicalismo cristiano, sin buscarlo, puede llevar a conflictos y tensiones, fruto de la reacción que causa una fidelidad absoluta al Evangelio. A causa de Cristo, el cristiano será objeto de odio (Mt 10,22-25; Mt 18,21; Jn 15,19-25; Jn 16,1), y de la división (Mt 10,34-55). Jesús mismo fue objeto de odio y división, signo de contradicción (Lc 2,34; Jn 7,12-13) y frente a El es imposible mantener la falsa prudencia de la indefinición, pues se está con El o contra El (Lc 11,23), "He venido a provocar una crisis en el mundo: los que no ven verán, y los que ven van a quedar ciegos" (Jn 9,39). "Felices así los que al encontrarme no se alejan desconcertados" (Mt 11,6).

La crisis radical del Evangelio de Jesús está condensada en su ideal de felicidad, opuesto a la falsa dicha, según las bienaventuranzas de San Lucas (Lc 6,20-26). En contraste con las categorías de la sensatez del equilibrio mundano, los ricos, los satisfechos y los "bien considerados" son descalificados por Jesús. En cambio, los que para El están en la línea del equilibrio evangélico son los pobres, los hambrientos, los sufrientes, los expulsados, insultados y mal considerados a causa de su

opción cristiana (Lc 6,23).

Igual falta de "mesura" muestra Jesús de cara a ciertas exigencias específicamente evangélicas. El amor fraterno que El reclama no es solamente la actitud "sensata" de los buenos sentimientos y relaciones humanas. Para El no somos diferentes a los "paganos", que siguen esa ética de relaciones, si no llegamos a perdonar las ofensas "setenta veces siete" (Mt 5,22), si no aprendemos a no juzgar (Mt 7,1) y a amar y perdonar a los enemigos y a los que nos perjudican (Mt 5,37-48; 6,14). El radicalismo del amor cristiano no tiene límite (Jn 13,34; Mc 12,33), exige la gratitud (Lc 14,12); Lc 17,10), lleva a amar a todos sin discriminación de ningún género (Lc 10,25 ss.); más aún, exige optar por los débiles y "pequeños" (Mt 25,40).

La fe que Jesús exige a su Persona y a su Palabra es radical. No es la de los "sabios y prudentes" (Mt 11,25). Debe hacernos capaces de empresas sobrehumanas (Mt 14,25 ss.). Bastaría "un grano de esta fe para trasladar las montañas (Mt 17,20; Mt 21,21).

Por eso el Evangelio exige una confianza absoluta en la oración, como expresión del radicalismo de la fe (Mt 7,7-11; Mc 9,23-29; Lc 11,5 ss.; Jn 15,16).

Jesús se aparta igualmente del "equilibrio humano" al plantearnos la actitud cristiana ante los bienes, la riqueza, el prestigio y el porvenir temporal. Su idea de la pobreza es radical: "no se puede ser su discípulo si no se renuncia a todo lo que se tiene" (Lc 14,33). Nos ordena buscar los valores del Reino por sobre todo, condicionando a ello todo lo demás (Mt 6,33; Mt 6,25-34). Igualmente radical es su crítica a la riqueza (Mt 19,23), a las formas confortables de la vida apostólica (Mt 10,10). Las circunstancias de su nacimiento en Belén (Lc 2,7-8), y su identificación con el insignificante y discutido pueblo de Nazaret (Mc 6,2-3; Jn 1,46; Jn 7,15) son, en esta misma línea, opciones que cuestionan muchos criterios actuales.

De cara a la verdad, Jesús es igualmente absoluto (Mt 5,37). Su fidelidad a esta verdad lo llevó al enfrentamiento final con el poder establecido, y a la muerte (Mt 26,64; Mt 27,11; Lc 22,67 ss.; Jn 18,37 ss). En su entrega a la causa de la verdad, Jesús será radical en su crítica a la hipocresía, a la exterioridad (Mc 7,3-13) y a toda forma de fariseísmo (Mt 23,1 ss.; Mc 2,27; Mt 9,14; 11,16; 12,1 ss.; 15,7-11; 17,24).

En sus criterios de verdad, el Evangelio se aparta nuevamente de los criterios del "equilibrio mundano". Los que aparecen últimos serán primeros, y los primeros para el mundo, los últimos (Mt 19,30; Mt 20,12-15). Así, las prostitutas precederán en el Reino de los Cielos a muchos "bien pensantes" (Mt 21,31), la fe de los pecadores vale más que la religión puramente exterior (Lc 7,36 ss.), el óbolo de una pobre viuda tiene más valor que dádivas de los opulentos (Mc 12,41-44) y la penitencia del publicano pecador justifica más que la suficiencia del

fariseo practicamente (Lc 18,9). En esta criteriología evangélica, incluso la contemplación aparentemente inútil de María vale más que la productividad de Marta (Lc 10,38).

El radicalismo del Evangelio tiene su mejor encarnación en la actitud de Jesús al entregar su vida por los demás (Jn 10,15-18); Jn 13,1). La cruz queda así como signo indiscutible del compromiso radical, de la fidelidad absoluta al Padre (Lc 2,49), de la caridad llevada al extremo (Jn 13,1), de la búsqueda del último lugar (Mt 3,14; Jn 13,4 ss.). De la renuncia radical al poder y a la violencia (Mt 26,51; Mt 27,12; Mt 27,40-44; Mt 4,1 ss.; Mc 14,61; Mc 15,5; Jn 18,22).

II. El santo como radical

La naturaleza radical del compromiso cristiano se muestra igualmente por el testimonio de aquellos que más auténticamente se han identificado con el ideal evangélico: los santos. Para el cristianismo, el santo es la encarnación del ideal proclamado y raramente vivido. Dentro de la naturaleza y profundamente humana del catolicismo, el santo es el símbolo del ideal evangélico, visualizado y puesto al alcance de todos en un cierto momento y ante ciertos desafíos históricos. El santo es el comentario vivo del Evangelio escrito. El Evangelio anunciado por la vida de un hombre, en todo su radicalismo.

Esta identificación del santo con el Evangelio exige de aquel ir a la raíz del cristianismo, llevándolo a la imitación del Jesús histórico tal cual nos es comunicado por la fe de la Iglesia y a la fidelidad a su enseñanza evangélica "sin glosas". Así, la Iglesia tiene dos maneras de identificar al auténtico cristianismo: mediante las proposiciones doctrinales garantiza la verdad revelada (ortodoxa); proponiendo a los santos garantiza la verdad de la práctica cristiana (ortopraxis). La vida de los santos encarna aquello que el magisterio propone como verdadero cristianismo.

El santo es un testigo radical, y la Iglesia lo entiende de esta manera cuando exige, para identificar auténticamente a un cristiano como santo, la práctica de las exigencias del Evangelio "en grado heroico". El grado heroico radicaliza el compromiso cristiano, arrancándolo de la tentación de un "justo medio" o equilibrio puramente humano, que mira la heroicidad cristiana como "extremismos", "exageraciones" o "radicalismos" (cayendo una vez más en la ambigüedad de transferir categorías sociopolíticas al compromiso cristiano).

La Iglesia, que en su modo de proceder cuando se trata de cuestiones marginales a su misión esencial puede aparecer "moderada" y "políticamente equilibrada" (manejo de cuestiones de gobierno, tomas de posición temporales, etc.), a la hora de identificar la autenticidad cristiana es radical. No la identifica con ninguna de las formas de "equilibrio mundano" de sus representantes. La identifica con el heroísmo radical de los santos.

III. El radicalismo de la vida consagrada

El compromiso cristiano que suscita la Iglesia tiene también otra forma de revelar su radical dinamismo: en la manera de entender y realizar la vida consagrada. La vida consagrada, como modalidad profética de vivir el cristianismo a partir de ciertos valores radicalmente asumidos, es presentada por la misma Iglesia como testimonio privilegiado de vida evangélica. Por eso, sus características y significación profética las podemos considerar como auténticamente representativas del compromiso cristiano.

No se trata aquí de agotar el profetismo o el contenido de testimonio eclesial de la vida consagrada. Para el caso que nos ocupa, queremos llamar la atención sobre un aspecto característico: su impacto crítico como testimonio del radicalismo cristiano.

Creemos que es propio de la vida consagrada el ser un cuestionamiento, y eventualmente una santa protesta contra la Iglesia y la sociedad. Contra la Iglesia, en la medida que ésta es decadente, o ambigua, o ha perdido su dinamismo radical. Contra la sociedad, en la medida que se deshumaniza o descristianiza, y por lo mismo se hace fuente de opresión e injusticia.

En su origen, en los primeros siglos, encontramos ya esta forma de protesta cristiana. Las formas radicales de apartamiento de la sociedad y de las estructuras eclesiásticas imperantes (ya influenciadas por la decadencia post-constantiniana), propias de los primeros anacoretas y del monaquismo primitivo, son una muda protesta. Son un deseo de afirmar dialécticamente (y a menudo en forma chocante, en forma de ruptura con "lo establecido"), valores e intuiciones evangélicas que entraban en un proceso de "mundanización" y mediocridad. El radicalismo de su modo de vivir, cuestionaba.

Esta característica sigue siendo propia de las grandes funciones y reformas carismáticas en torno a la vida consagrada. Implican una crítica santa a la forma de sociedad y de Iglesia en que ellos viven. Si, por ejemplo, tomamos a San Francisco y su movimiento religioso como caso típico, no se puede negar que el estilo radical de vida franciscana implicaba un profundo cuestionamiento a la Iglesia temporalizada y clerical de su época, y al estilo de vida de los señores feudales y de los nacientes burgueses cristianos.

Esta característica radical de todo movimiento religioso en su origen, tiende luego a perderse. La vida consagrada se va haciendo "establecida", se asimila a las formas eclesiásticas "convencionales" y sobre todo a los estilos imperantes de la vida social, sin cuestionarlos. En ese caso estamos en plena decadencia. Ese movimiento religioso no será auténtico mientras no vuelva a la raíz de su profetismo. Su radicalismo es signo de vitalidad y de su derecho a continuar existiendo. Su ausencia es un vacío que cuestiona su razón de ser en la Iglesia y en la sociedad.

Una de las causas de la actual crisis de la vida consagrada, descansa en que muchos de los que se han entregado a ella, han descubierto este vacío.

La vida consagrada auténtica implica una santa crítica a una Iglesia "instalada". En la medida en que los cristianos ya no son sal ni luz. En la medida en que hay un clero "establecido". Establecido en formas obvias o sutiles de "carrera eclesiástica". En formas de actuar guiadas por criterios "políticos" o "diplomáticos" y no evangélicos. En acomodación al "mundo" en cuestiones de poder y de recursos. Un clero que tiende a sustituir el radicalismo cristiano por el "equilibrio" del "justo medio" de los "bien pensantes".

Tal vez esto último es lo más radical del ideal religioso como forma típica del compromiso cristiano. El equilibrio cristiano no es el justo medio de la ética secular prevalente. El equilibrio cristiano no está "en el centro", sino en la verdad, como lo entiende el Evangelio. La verdad de Jesús no siempre está "en el medio"; a menudo está en los extremos, es radical para un criterio "establecido". Ya abundamos más arriba sobre esto. En el fondo, en su intuición profunda, la vida consagrada quiere testimoniar precisamente eso: el radicalismo del compromiso cristiano frente a la mediocridad de ciertos "justos medios".

La vida consagrada es también una crítica radical a la sociedad. Un estilo de vida que rompe con los criterios imperantes no-evangélicos. En nuestro caso concreto latinoamericano, esta crítica es a las injusticias de la sociedad capitalista dependiente. En otras áreas, la vida consagrada cuestionará otros vicios de sociedad.

La vida consagrada critica la sociedad no "haciendo política", o análisis críticos socio-económicos. La crítica proféticamente, asumiendo un estilo de vida y de organización que en sí es un reproche a los vicios y criterios prácticos no cristianos de la actual sociedad. Los consagrados no son radicales en categorías sociológicas, sino evangélicas. Su crítica brota de la pobreza y no del activismo social. Pobreza, como renuncia a la mentalidad del "consumo". Como desinterés por el lucro. Como estilo fraternal de compartir los bienes materiales y espirituales. Como destierro de toda forma de acepción de personas y categorías sutilmente "clasistas", evitando las formas disfrazadas de utilización o explotación de los pobres. Como compromiso por la liberación de los "pequeños".

En fin, la vida consagrada testimonia la contemplación, como compendio de la protesta contra las metas puramente materiales de los tipos concretos de sociedad, tanto capitalistas como socialistas. La oración y experiencia contemplativa son el cuestionamiento más serio que la vida consagrada dirige al mundo de hoy. Al valorar y exhibir públicamente esta dimensión contemplativa, propia del radicalismo evangélico, la vida consagrada anuncia proféticamente lo que es ya propio de todo compromiso cristiano: el absoluto de Dios, la gratuidad, y el amor a Dios

por sobre todas las cosas.

De hecho, hoy día “la protesta social” a través del estilo radical de vida no es privativo de la vida consagrada o de otras formas de compromiso cristiano. Los diversos grupos sobre todo jóvenes, que asumen una actitud de “anti-cultura” (hippies y otros), son en el fondo una caricatura secularizada del radicalismo cristiano. En forma pacífica, y a veces también violenta, las anticulturas actuales cuestionan la sociedad. Sus ambigüedades, que son también grandes (tendencias sectarias, viciosas, y evasivas de los compromisos socio-políticos...), se deben a que este profetismo secularizado no se nutre explícitamente del Evangelio.

Sin embargo, quedan como un desafío al conformismo actual de muchas formas de la vida evangélica. Esta está llamada a asumir la protesta social de los “anticultura” en un contexto y una motivación radicalmente cristiana. Ello le permite superar las ambigüedades de los “anticultura”, y dar a su estilo de vida una significación verdaderamente profética.

IV. Para una verdadera “contestación” en la Iglesia.

La reivindicación de lo que tiene de radical el compromiso cristiano, nos permite recuperar lo que hay de genuinamente evangélico en la “contestación” en la Iglesia.

La “contestación” y los “contestarios”, como actitud pública y estable es un fenómeno relativamente reciente. No es exclusivo de esta generación, pero las generaciones cristianas anteriores no lo expresaron tan abiertamente. Había menos libertad de opinión en la Iglesia, y menos participación y espíritu crítico, una cierta mistificación de la autoridad.

Los “contestarios” tienen muchos puntos de parentesco con los “radicales”. Ambos ponen en discusión aspectos de la Iglesia. Ambos cuestionan la sociedad: critican “el sistema” y quieren cambios profundos. El contestatario eclesial suele ser contestario social, y vice-versa. Sin embargo, el contestatario suele ser más militante que el radical, y el radical más ideólogo que el contestatario. El radicalismo es una forma de espíritu; la contestación es una causa.

En ciertos medios eclesiales que particularmente nos preocupan ahora, el contestatario es tan “mal visto” como el radical. Creemos sin embargo, que a partir de las reflexiones anteriores, hay también en este caso una ambigüedad que conviene aclarar. Existe de hecho una falsa y una verdadera contestación en la Iglesia.

La diferencia entre el verdadero y el falso contestatario (desde el punto de vista católico) no está en su “forma de actuar”. Es decir, la contestación puede ser cristianamente legítima, y sin embargo hecha con imprudencia, sin oportunidad o en forma irrespetuosa. Todo esto es

de lamentar, pero no descalifica necesariamente una contestación.

Creo que el criterio decisivo que hace de la contestación una actitud legítimamente eclesial, y coherente con el compromiso cristiano, es que se haga a partir de la radicalidad de las exigencias evangélicas. En este caso el contestatario no es un opositor sistemático de la autoridad y de la línea oficial en la Iglesia. La actitud del contestatario como opositor siempre es ambigua, y puede estar fácilmente unida a la del radical como "extremista". La contestación a partir de las exigencias del Evangelio, en cambio, hace del contestatario un radical, en el sentido del que va a la raíz y fundamento del compromiso cristiano, como lo entiende la Iglesia. Lo que en ella, él cuestiona y pide cambiar, no lo hace a nombre de categorías o ideologías "extra-eclesiales", sino a nombre precisamente del Evangelio y de los valores e ideales que la Iglesia sustenta en principio.

En este sentido es admisible y necesaria la contestación en la Iglesia. Lo que se persigue no es la oposición, la decadencia o la demolición, sino una fidelidad mayor de la Iglesia a sí misma. En el fondo, los verdaderos contestatarios están pidiendo a la Iglesia, y a los cristianos en general, que sean consecuentes con lo que creen y enseñen. Así, los santos, los profetas y la vida religiosa tienen mucho de contestatarios.

Este criterio de discernimiento me parece importante a la hora de apreciar los grupos, declaraciones o actitudes consideradas contestarias en nuestra conflictiva Iglesia latinoamericana. ¿A qué hacen referencia en su cuestionamiento? ¿Qué pretenden que haga la autoridad? La verdadera contestación hará referencia al mismo Magisterio, y a sus directivas y documentos, que a su modo de ver no se llevan a la práctica, o se implementan con excesiva lentitud. La verdadera contestación no cuestiona la enseñanza de la Iglesia. Todo lo contrario, quiere que se lleve a la práctica. Busca la fidelidad pastoral y la encarnación del Evangelio, a partir de lo que la misma Iglesia se ha propuesto históricamente. Quiere una mayor coherencia entre las enseñanzas eclesiales y la praxis de muchos sectores oficiales.

Para una autoridad "cerrada", que no hace adecuadamente el esfuerzo de discernimiento, toda contestación aparece como rebeldía. Una autoridad "abierta", atenta a los signos de los tiempos y a todo indicio del Espíritu Santo, debe discernir, y aprovechar lo que la verdadera contestación aporta a la Iglesia, como llamado a una mejor fidelidad al radicalismo cristiano.